

Carmen Molina Tamacas

Dios y el Diablo ... Rafael

Periodista y antropóloga, El Salvador

cmolinatamacas@gmail.com

Quién es Abel, quién es Caín.

Joaquín Sabina

Juntando los pedazos de mi historia con Rafael Menjívar Ochoa, revolví correos electrónicos, papeles, libros, audios, “links” y recuerdos, especialmente recuerdos.

Una charla por aquí, un correo por allá ... nos divertíamos mucho, incluso tirados en el pasillo de Canal 10 esperando la grabación de Universo Crítico, extinto espacio conducido por Geovani Galeas. A pesar de la distancia física, estábamos siempre el uno para la otra, y viceversa.

Lamento, echando la culpa a todo lo demás menos a mí, no haberle visitado más.

Presentí –si es que los presentimientos existen– que esa sería la última vez que le daba la mano, que lo veía. Me divertí con su humor ácido y su maraña de imágenes hilvanadas todas juntas, unas producto de los fármacos y otras de la vida. Intenté visitarlo de nuevo en el hospital, pero ya se lo habían llevado a casa.

Y el tiempo me ganó.

(Una fotografía me estremece: su lecho de amor y de muerte, con un ramillete de florecitas azuladas. Tranquilo)

En los días previos y siguientes, diversas notas fueron publicadas en la prensa salvadoreña, coadyuvando en el esfuerzo por recaudar fondos para él y su familia. La mayoría reflejaban la importancia de su nombre en la literatura nacional.

¿Qué hay de los libros que no escribió? La pregunta es necia; pero ya antes y después de su muerte, otros escritores, amigos y allegados, insisten en reconocer el legado de Rafael Menjívar Ochoa como maestro y editor.

Este artículo quiere, pretende, aspira ... a explorar la faceta de Rafa, como casi todos le llamábamos, en su rol de maestro y guía.

Los títulos

Bajo el título de *Memorias de La Casa*, Índole Editores y la Fundación Claribel Alegría presentaron –el 7 de junio de 2011– una selección a cargo de Mario Zetino: poemas de 25 autores, “en homenaje al trabajo realizado por Rafael Menjívar Ochoa (1957-2011) al frente de la Casa del Escritor durante los años 2002 a 2010”.

La Casa del Escritor fue un proyecto al cual Menjívar Ochoa “dedicó buena parte de sus últimos años”, recuerda en su blog la escritora Jacinta Escudos. “La Casa del Escritor, que comenzó en el año 2001 sin una sede específica. Año y medio después, el gobierno de El Salvador rehabilitó la vivienda que perteneció a Salvador Salazar Arrué, Salarrué. En este lugar se desarrolló el proyecto, a través del cual se efectuaron talleres de poesía, narrativa, guión y periodismo. Muchos de los que asistieron a estos talleres comienzan ahora a incursionar en las letras centroamericanas”, añade.

Le tomó un poco de trabajo a Teresa Andrade, amiga y alumna de Menjívar Ochoa, consolidar un listado “completo” de los libros –novelas, poemarios, cuentos– en los cuales él habría intervenido, ya sea como amigo, maestro, editor o corrector:

Lento féretro (2004), Teresa Andrade,

Historia de los espejos (DPI, 2004), Susana Reyes,

Las flores (F&G Editores, 2007), Denise Phé-Funchal,
Menguantes y otras creaturas (DPI, 2008), Ana Escoto,
Los solitarios amamos las ciudades (selección, Índole editores, 2009), Susana Reyes,
Un sitio sin lugar (poemario, Equizzero, 2010), Roger Guzmán,
Manual del mundo paraíso (poemario, Catafixia, 2010), Denise Phé-Funchal,
Jihad Hobb (autopublicado, junio 2010, 1ª edición de 1000 ejemplares), Samia Giannini,
Memorias de La Casa (antología, Índole Editores, 2010).

Y en proceso:

Ejercicios abortivos (poemas), Ricardo Hernández,
Los pasillos imaginarios (en prensa), Carlos Clará,
Varios (Todos los de La Casa),
Jardín de primavera (2011), Mario Zetino,
Buenas costumbres (cuentos, F&G Editores), Denise Phé-Funchal,
Varios cuentos para niños en la serie *Expresiones* (Piedra Santa), Denise Phé-Funchal,
Ceniza y Lirios Negros (2010), Ingrid Umaña,
Estaciones (terminado en 2009), Sandra Aguilar,
Oxido, pena y verdugo (poemas), Roger Guzmán,
Jamás hombres humanos (poemas), Roger Guzmán,
Historia para dibujarse la piel (en prensa), Teresa Andrade,
Pasillo para gatos (en prensa), Teresa Andrade.

Los sentimientos

Teresa Andrade recuerda que cuando llegó a La Casa del Escritor, ya escribía ... incluso había ganado un premio (Segundo Premio Joven del Grupo Editorial Alkimia); pero sabía que eso no era todo: “Lo que Rafael me dio fueron herramientas, técnica y entender el oficio. Al final, uno se da cuenta que el talento es el 1% del trabajo literario y el 99% es trabajo y más trabajo. Entonces,

creo que eso me dio, además de nuevas lecturas, nuevas herramientas, aprender a corregirme, a trabajar los textos con rigurosidad. Es como él decía ‘cuando se corrigen hay que ser el diablo, cuando escriben son Dios’”, es decir llegar a una de las condiciones más difíciles del que pretende que escribe: ser su mayor crítico.

Se ríe, Teresa, de que Menjívar Ochoa le haya enseñado “a matar al padre”, que, en su caso es César Vallejo: “Y eso produjo que yo encontrara mi propia voz, mi única manera de decir las cosas, como solo yo las puedo decir.”

Eso, y en ese momento, la llevó a tomarse “en serio el oficio” de escribir, trabajar y ponerlo en práctica lo aprendido: “Rafa me decía que yo era una excelente armadora (de poemarios), creo que sin su apoyo eso no hubiese pasado y mucho menos poder transmitir el conocimiento con los demás compañeros de La Casa, aunque no fuéramos contemporáneos en las generaciones que hubo” allí.

Esa imagen del “diablo” señalando con el dedo acusador los errores escritos por “Dios” – siendo ambos uno mismo, como relata la escritora guatemalteca Denise Phé-Funchal, es lo que hace la diferencia para lograr un buen texto. Al menos uno publicable, en palabras de Menjívar Ochoa.

Vía electrónica desde Guatemala, Denise recuerda que le conoció en 2006, en la feria del libro de su país, para luego integrarse al Taller de La Casa del Escritor. “A veces iba a El Salvador y otras Rafa venía a trabajar con lo que habíamos llamado en broma ‘el capítulo Guatemala’, en el que participábamos cinco escritores guatemaltecos, uno de ellos, Renato Buezo, está a la espera de la publicación de una novela”, cuenta.

Y así lo recuerda: “En cuanto a *Las Flores*, la historia es un poco particular. Yo le llevé el texto quizá un año después de haber conocido a Rafa. Hasta ese momento era un cuento de unas 20 páginas, sobre la Novia del Cementerio de los Ilustres que me había impactado un montón en una visita a El Salvador. Rafa lo leyó y me dijo ‘Esto es una señora gorda con corsé.’ Yo lo vi con asombro y él siguió: ‘dale aire, escribe una novela’. De ahí comenzó la aventura de escribir la novela, de evaluar los personajes que seguirían o no en la historia que poco a poco se fue

transformando en una novela [...] Claro que en el momento me dio miedo, por decirlo de alguna manera, el reto de escribir una novela, le pregunté qué debía hacer y me dijo: ‘Eso lo descubrirás en el proceso y cuando hayas escrito una novela, no te conviertes en novelista, sólo habrás escrito esa, cada una tendrá una forma distinta de escribirse.’ En el momento no entendí mucho, pero con los años, me he dado cuenta de que tenía razón, al igual que con los cuentos, cada novela, tiene un ritmo propio, y se van escribiendo no al ritmo que uno quiere, si no al ritmo que el texto requiere. Rafa conoció quizá dos o tres versiones de *Las Flores*, pero no hacía más que poner o quitar comas, señalar pasajes que estaban un poco torpes, digamos que a eso se limitó su trabajo ‘editorial’. La versión final, la conoció hasta que la novela se publicó. Durante el proceso, más que trabajar el texto, lo que hacíamos era discutir sobre el proceso de investigación, el carácter de los personajes, la manera cómo a veces te toca sacar partes de la novela que aunque estén bien escritas, hacen que se te ‘caiga’ la historia. Rafa más que editar el texto, me enseñó a construirlo, a entender el proceso.”

En los años que perteneció al Taller de la Casa del Escritor –del cual se graduaban una vez terminaban una unidad llámese poemario, novela o libro de cuentos– Denise no trabajó textos poéticos con Menjívar Ochoa. En cuanto a *Manual de mundo paraíso*, lo hizo “en solo”: “Él jamás conoció los textos durante el proceso de escritura. Sin embargo, durante los años que estuve en el taller y luego ya habiendo salido del mismo pero ya siendo –orgullosamente– amiga de Rafa, había asistido a los talleres de poesía que desarrollaba en La Casa con los poetas salvadoreños y digamos que de ahí aprendí el rigor con el que debe abordarse la poesía, la creación de imágenes y de ritmo. Cuando el poemario se publicó tuve miedo, precisamente por no haber sometido jamás mis poemas al taller. (Este proceso creativo fue documentado por Menjívar Ochoa en su blog).” Y resume: “Rafa me enseñó a respetar la literatura, a saber –como me dijo la última vez que lo vi–, que ella, la literatura, es lo más importante en mi vida”.

Carlos Clará, director del sello Índole Editores, también abona en el terreno de dar al César lo que le pertenece. Insiste, en que Menjívar Ochoa manejaba, con la mano en la cintura, la construcción de los procesos literarios: “Rafael acompañó, casi desde el principio, la escritura de

mi apuesta más grande en la parte poética: ‘Los pasillos imaginarios’. Eso fue mucho antes que iniciara La Casa del Escritor. ‘Los pasillos ...’ es un poemario que se escribió durante 10 años y que este 2011 se publicará de la mano de la editorial Malayerba de René Rodas”. Ayudó a estructurar “Los pasillos ...” y, al mismo tiempo, se preocupó porque Clará entendiera –según sus palabras –“ese proceso, el orden que el mismo material exige, entre otras cosas”. “A la hora de determinar qué se queda y que se va en un libro es fundamental. Eso también me ayudó, sentó la base, para desarrollar un poco más mi visión editorial. A Rafael le interesaba que uno reflexionara sobre el proceso único y particular que cada quien tiene para escribir. En esa reflexión radicaba el secreto del taller, creo.”

Aparte de la amistad, Clará dibuja el legado para sí –y para muchos– del trabajo de Menjívar Ochoa: “Una forma particular de abordar la literatura.” En su caso, hay más personas que le ayudaron pero él es fundamental. Además, “las bases de una visión editorial amplia. El hábito de tener muchas perspectivas de un punto, ser curioso y divertirse.”

¿Trabajar con él? “(Fue) Divertido y la oportunidad de compartir ideas, proyectos y sueños de una manera posible con una persona especial, irrepetible y generosa.”